

Fiódor Dostoyevski

El jugador

Versión directa del ruso
y nota preliminar de Juan López-Morillas



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Igrok*

Primera edición: 1980

Tercera edición: 2011

Decimoprimera reimpresión, revisada: 2023

Revisión de la transcripción del ruso de Esther Arias Valor

Diseño de colección: Estrada Design

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Ilustración de cubierta: Hombre abatido

© Teo Lannie/Age fotostock

Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la traducción y de la nota preliminar: Herederos de Juan López-Morillas

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1980, 2023

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-206-4194-2

Depósito legal: M. 43.787-2011

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

9 Nota del traductor

El jugador

- 15 Capítulo primero
- 28 Capítulo 2
- 36 Capítulo 3
- 43 Capítulo 4
- 51 Capítulo 5
- 64 Capítulo 6
- 75 Capítulo 7
- 84 Capítulo 8
- 95 Capítulo 9
- 108 Capítulo 10
- 125 Capítulo 11
- 138 Capítulo 12
- 155 Capítulo 13
- 171 Capítulo 14
- 183 Capítulo 15
- 197 Capítulo 16
- 210 Capítulo 17

Nota del traductor

A fines de agosto de 1863, Fiódor Dostoyevski, en viaje por la Europa Occidental, se detuvo cuatro días en Wiesbaden con objeto de probar fortuna en la ruleta. Ganó al principio unos 10.000 francos y, según confesión propia, hubiera debido contentarse con esa ganancia y alejarse cuanto antes de la ciudad. Pero una tentación irresistible le arrastró de nuevo al casino y a la pérdida de la mitad de lo ganado el día anterior. Así empezó la pasión por el juego que había de atormentarle el resto de su vida.

Ese mismo verano Dostoyevski hubo de habérselas con otra pasión, de índole diferente, pero igualmente torturante: la que sintió por Apolinaria (Polina) Prokófievna Súslova, su compañera de viaje en tal ocasión. Fue una excursión de dos meses, jalonada por arrebatos de sensualidad, fases de hastío, humillaciones, reproches, rupturas y reconciliaciones. A decir verdad, resulta difí-

cil deslindar lo que hubo de amor y odio en ambas pasiones. Dostoyevski habla indistintamente de la «poesía del juego» y el «infierno de la ruleta», y, a juzgar por testimonio escrito de ambas partes, la pareja protagonizó alternativamente la poesía y el infierno del amor. La pasión amorosa y la pasión por el juego se dan en forma complementaria en Dostoyevski durante ese verano. Cuando una flaquea, se robustece la otra. Diríase que lo que el escritor persigue es ante todo el escalofrío del riesgo, la angustia aneja a jugarse el todo por el todo en el tapete verde o en el corazón de una mujer.

Tres años después de su viaje con Polina Súslova, y como eco de la honda huella que dejó en su espíritu, Dostoyevski dictaba en algo menos de un mes la novela que aquí se ofrece al lector. La taquígrafa, Anna Grigórievna Snítkina, joven de veinte años, fue, pues, la primera en oír de labios del propio escritor la historia –sin duda metamorfoseada, pero auténtica en lo sustancial– de sus borrascosos amores con Polina. Y ello no deja de tener interés, ya que breves meses después Anna había de convertirse en la segunda esposa del novelista. La novela tiene no sólo una base autobiográfica, confesional, sino también un propósito terapéutico. El novelista quiere purgar, poniéndolos de manifiesto, los humores nocivos que en su organismo había engendrado el devaneo con Polina. Palpitante todavía estaba el recuerdo de una aventura que, lejos de refinarle y ennoblecerle, le había envilecido. Y viva, como llaga enconada, seguía la memoria de la degradación aneja a su pasión por el juego.

En Alekséi Ivánovich, el «jugador» que relata en primera persona un capítulo de su vida, Dostoyevski se

propone retratar a un cierto tipo de «ruso en el extranjero», desarraigado, trashumante, insatisfecho, que detesta a la «Europa culta» (aunque sólo un poco más de lo que detesta a su país natal), pero sin poder alejarse de ella, prendido en la malla de un maléfico hechizo, víctima de la desidia, pregonero de la propia bajeza. Y, no obstante, posee indiscutible talento y una fina perspicacia que le permite calibrar la necedad, la hipocresía y la maldad ajenas. La xenofobia de Alekséi Ivánovich, que es en gran medida la del propio Dostoyevski, se refleja en su caracterización de franceses, alemanes y polacos. Los franceses (Des Grieux, mademoiselle Blanche) rigen sus acciones por el cálculo, el cinismo y la rapacidad, rasgos disimulados apenas por la elegancia de modales y una cortesía fría y estudiada. Los alemanes son toscos, vulgares (el barón y la baronesa de Burmerhelm), o de una laboriosidad mezquina y cruel (el *Vater* del capítulo IV). Los polacos son serviles, rastrosos y ladrones (los tres que «ayudan» a la *baboulinka* a jugar a la ruleta). Pero de esta visión despectiva tampoco se escapan los rusos (el general Zagorianski, la abuela), a quienes por codicia o vanidad vemos despilfarrar en las «ciudades de la ruleta» los caudales procedentes del sistema feudal de su país de origen. La única excepción parecen ser los ingleses, cuyo tacto y generosidad Alekséi Ivánovich hace destacar en sus impresiones del excéntrico mister Astley.

La novela se subtitula «De las notas de un joven» y su estilo es el que corresponde a los rápidos apuntes de un «diarista» preocupado más de consignar detalles y esbozar sensaciones que de escribir un relato fluido y bien

trabado. El hecho de que la novela fuera dictada contribuye asimismo a reforzar el carácter nervioso, entrecortado, de una fábula en que lo vivo es por lo menos tan importante como lo pintado.

Juan López-Morillas

El jugador

(De las notas de un joven)

Capítulo primero

Por fin he regresado al cabo de quince días de ausencia. Tres hace ya que nuestra gente está en Roulettenburg. Yo pensaba que me estarían aguardando con impaciencia, pero me equivoqué. El general tenía un aire muy despreocupado, me habló con altanería y me mandó a ver a su hermana. Era evidente que habían conseguido dinero en alguna parte. Tuve incluso la impresión de que al general le daba cierta vergüenza mirarme. Maria Filípovna estaba atareadísima y me habló un poco por encima del hombro, pero tomó el dinero, lo contó y escuchó todo mi informe. Esperaban a comer a Mezentsov, al francesito y a no sé qué inglés. Como de costumbre, en cuanto había dinero invitaban a comer, al estilo de Moscú. Polina Aleksándrovna me preguntó al verme por qué había tardado tanto; y sin esperar respuesta salió para no sé dónde. Por supuesto, lo hizo adrede. Menester es, sin embargo, que nos expliquemos. Hay mucho que contar.

Me asignaron una habitación exigua en el cuarto piso del hotel. Saben que formo parte del *séquito del general*. Todo hace pensar que se las han arreglado para darse a conocer. Al general le tienen aquí todos por un acaudalado magnate ruso. Aun antes de la comida me mandó, entre otros encargos, a cambiar dos billetes de mil francos. Los cambié en la caja del hotel. Ahora, durante ocho días por lo menos, nos tendrán por millonarios. Yo quería sacar de paseo a Misha y Nadia, pero me avisaron desde la escalera que fuera a ver al general, quien había tenido a bien enterarse de adónde iba a llevarlos. No cabe duda de que este hombre no puede fijar sus ojos directamente en los míos; él bien quisiera, pero le contesto siempre con una mirada tan sostenida, es decir, tan irrespetuosa que parece azorarse. En tono altisonante, amontonando una frase sobre otra y acabando por hacerse un lío, me dio a entender que llevara a los niños de paseo al parque, más allá del Casino, pero terminó por perder los estribos y añadió mordazmente: «Porque bien pudiera ocurrir que los llevara usted al Casino, a la ruleta. Perdóne –añadió–, pero sé que es usted bastante frívolo y que quizá se sienta inclinado a jugar. En todo caso, aunque no soy mentor suyo ni deseo serlo, tengo al menos derecho a esperar que usted, por así decirlo, no me comprometa...».

–Pero si no tengo dinero –respondí con calma–. Para perderlo hay que tenerlo.

–Lo tendrá en seguida –respondió el general ruborizándose un tanto. Revolvió en su escritorio, consultó un cuaderno y de ello resultó que me correspondían unos ciento veinte rublos.

—Al liquidar —añadió— hay que convertir los rublos en táleros. Aquí tiene cien táleros en números redondos. Lo que falta no caerá en olvido.

Tomé el dinero en silencio.

—Por favor, no se enoje por lo que le digo. Es usted tan quisquilloso... Si le he hecho una observación ha sido por ponerle sobre aviso, por así decirlo; a lo que por supuesto tengo algún derecho...

Cuando volvía a casa con los niños antes de la hora de comer, vi pasar toda una cabalgata. Nuestra gente iba a visitar unas ruinas. ¡Dos calesas soberbias y magníficos caballos! Mademoiselle Blanche iba en una de ellas con Maria Filíppovna y Polina; el francesito, el inglés y nuestro general iban a caballo. Los transeúntes se paraban a mirar. Todo ello era de muy buen efecto, sólo que a expensas del general. Calculé que con los cuatro mil francos que yo había traído y con los que ellos, por lo visto, habían conseguido reunir, tenían ahora siete u ocho mil, cantidad demasiado pequeña para mademoiselle Blanche.

Mademoiselle Blanche, a la que acompaña su madre, reside también en el hotel. Por aquí anda también nuestro francesito. La servidumbre le llama *monsieur le comte* y a mademoiselle Blanche *madame la comtesse*. Es posible que, en efecto, sean *comte* y *comtesse*.

Yo bien sabía que *monsieur le comte* no me reconocería cuando nos encontráramos a la mesa. Al general, por supuesto, no se le ocurriría presentarnos o, por lo menos, presentarme a mí, puesto que *monsieur le comte* ha estado en Rusia y sabe lo poquita cosa que es lo que ellos llaman un *outchitel*, esto es, un tutor. Sin embargo, me

conoce muy bien. Confieso que me presenté en la comida sin haber sido invitado; el general, por lo visto, se olvidó de dar instrucciones, porque de otro modo me hubiera mandado de seguro a comer a la mesa redonda. Cuando llegué, pues, el general me miró con extrañeza. La buena de Maria Filíppovna me señaló un puesto a la mesa, pero el encuentro con míster Astley salvó la situación y acabé formando parte del grupo, al menos en apariencia.

Tropecé por primera vez con este inglés excéntrico en Prusia, en un vagón en que estábamos sentados uno frente a otro cuando yo iba al alcance de nuestra gente; más tarde volví a encontrarle cuando viajaba por Francia y por último en Suiza dos veces en quince días; y he aquí que inopinadamente topaba con él de nuevo en Roulettenburg. En mi vida he conocido a un hombre más tímido, tímido hasta lo increíble; y él sin duda lo sabe porque no tiene un pelo de tonto. Pero es hombre muy agradable y flemático. Le saqué conversación cuando nos encontramos por primera vez en Prusia. Me dijo que había estado ese verano en el Cabo Norte y que tenía gran deseo de asistir a la feria de Nizhni Nóvgorod. Ignoro cómo trabó conocimiento con el general. Se me antoja que está locamente enamorado de Polina. Cuando ella entró se le encendió a él el rostro con todos los colores del ocaso. Mostró alegría cuando me senté junto a él a la mesa y, al parecer, me considera ya como amigo entrañable.

A la mesa el francesito galleaba más que de costumbre y se mostraba desenvuelto y autoritario con todos. Recuerdo que ya en Moscú soltaba pompas de jabón. Ha-

bló por los codos de finanzas y de política rusa. De vez en cuando el general se atrevía a objetar algo, pero discretamente, para no verse privado por entero de su autoridad.

Yo estaba de humor extraño y, por supuesto, antes de mediada la comida me hice la pregunta usual y sempiterna: «¿Por qué pierdo el tiempo con este general y no le he dado ya esquinazo?». De cuando en cuando lanzaba una mirada a Polina Aleksándrovna, quien ni se daba cuenta de mi presencia. Ello ocasionó el que yo me desbocara y echara por alto toda cortesía.

La cosa empezó con que, sin motivo aparente, me entrometí de rondón en la conversación ajena. Lo que yo quería sobre todo era reñir con el francesito. Me volví hacia el general y en voz alta y precisa, interrumpiéndole por lo visto, dije que ese verano les era absolutamente imposible a los rusos sentarse a comer a una mesa redonda de hotel. El general me miró con asombro.

–Si uno tiene amor propio –proseguí– no puede evitar los altercados y tiene que aguantar las afrentas más soeces. En París, en el Rin, incluso en Suiza, se sientan a la mesa redonda tantos polaquillos y sus simpatizantes franceses que un ruso no halla modo de intervenir en la conversación.

Dije esto en francés. El general me miró perplejo, sin saber si debía mostrarse ofendido o sólo maravillado de mi desplante.

–Bien se ve que alguien le ha dado a usted una lección –dijo el francesito con descuido y desdén.

–En París, para empezar, cambié insultos con un polaco –respondí– y luego con un oficial francés que se puso

de parte del polaco. Pero después algunos de los franceses se pusieron a su vez de parte mía, cuando les conté cómo quise escupir en el café de un *monsignore*.

—¿Escupir? —preguntó el general con fatua perplejidad y mirando en torno suyo. El francesito me escudriñó con mirada incrédula.

—Así como suena —contesté—. Como durante un par de días creí que tendría que hacer una rápida visita a Roma por causa de nuestro negocio, fui a la oficina de la legación del Santo Padre en París para que me visaran el pasaporte. Allí me salió al encuentro un clérigo pequeño, cincuentón, seco y con cara de pocos amigos. Me escuchó cortésmente, pero con aire avinagrado, y me dijo que esperase. Aunque tenía prisa, me senté, claro está, a esperar, saqué *L'Opinion Nationale* y me puse a leer una sarta terrible de insultos contra Rusia. Mientras tanto oí que alguien en la habitación vecina iba a ver a *Monsignore* y vi al clérigo hacerle una reverencia. Le repetí la petición anterior y, con aire aún más agrio, me dijo otra vez que esperara. Poco después entró otro desconocido, en visita de negocios; un austríaco, por lo visto, que también fue atendido y conducido al piso de arriba. Yo ya no pude contener mi enojo: me levanté, me acerqué al clérigo y le dije con retintín que puesto que *Monsignore* recibía, bien podía atender también a mi asunto. Al oír esto el clérigo dio un paso atrás, sobrecogido de insólito espanto. Sencillamente no podía comprender que un ruso de medio pelo, una nulidad, osara equipararse a los invitados de *Monsignore*. En el tono más insolente, como si se deleitara en insultarme, me miró de pies a cabeza y gritó: «¿Pero cree que *Monsignore* va a dejar de tomar su

café por usted?» Yo también grité, pero más fuerte todavía: «¡Pues sepa usted que escupo en el café de su *Monsignore!* ¡Si ahora mismo no arregla usted lo de mi pasaporte, yo mismo voy a verle!».

»“¡Cómo! ¿Ahora que está el cardenal con él?”, exclamó el clérigo, apartándose de mí espantado, lanzándose a la puerta y poniendo los brazos en cruz, como dando a entender que moriría antes que dejarme pasar.

»Yo le contesté entonces que soy un hereje y un bárbaro, *que je suis hérétique et barbare*, y que a mí me importan un comino todos esos arzobispos, cardenales, monseñores, etc., etc.; en fin, mostré que no cejaba en mi propósito. El clérigo me miró con infinita ojeriza, me arrancó el pasaporte de las manos y lo llevó al piso de arriba. Un minuto después estaba visado. Aquí está. ¿Tiene usted a bien examinarlo? –saqué el pasaporte y enseñé el visado romano.

–Usted, sin embargo... –empezó a decir el general.

–Lo que le salvó a usted fue declararse bárbaro y hereje –comentó el francesito sonriendo con ironía–. *Cela n'était pas si bête*.

–¿Pero es posible que se mire así a nuestros compatriotas? Se plantan aquí sin atreverse a decir esta boca es mía y dispuestos, por lo visto, a negar que son rusos. A mí, por lo menos, en mi hotel de París empezaron a tratarme con mucha mayor atención cuando les conté lo de mi pelotera con el clérigo. Un caballero polaco, gordo él, mi adversario más decidido a la mesa redonda, quedó relegado a segundo plano. Hasta los franceses se reportaron cuando dije que dos años antes había visto a un individuo sobre el que había disparado un soldado francés en 1812 sólo para

descargar su fusil. Ese hombre era entonces un niño de diez años cuya familia no había logrado escapar de Moscú.

–¡No puede ser! –exclamó el francesito–. ¡Un soldado francés no dispararía nunca contra un niño!

–Y, sin embargo, así fue –repuse–. Esto me lo contó un respetable capitán de reserva y yo mismo vi en su mejilla la cicatriz que dejó la bala.

El francés empezó a hablar larga y rápidamente. El general quiso apoyarle, pero yo le aconsejé que leyera, por ejemplo, ciertos trozos de las *Notas* del general Perovski, que estuvo prisionero de los franceses en 1812. Finalmente, Maria Filíppovna habló de algo para dar otro rumbo a la conversación. El general estaba muy descontento conmigo, porque el francés y yo casi habíamos empezado a gritar. Pero a míster Astley, por lo visto, le agradó mucho mi disputa con el francés. Se levantó de la mesa y me invitó a tomar con él un vaso de vino. A la caída de la tarde, como era menester, logré hablar con Polina Aleksándrovna un cuarto de hora. Nuestra conversación tuvo lugar durante el paseo. Todos fuimos al parque del Casino. Polina se sentó en un banco frente a la fuente y dejó a Nádienka que jugara con otros niños sin alejarse mucho. Yo también solté a Misha junto a la fuente y por fin quedamos solos.

Para empezar tratamos, por supuesto, de negocios. Polina, sin más, se encolerizó cuando le entregué sólo seiscientos *gulden*. Había estado segura de que, empeñando sus brillantes, le habría traído de París por lo menos dos mil, si no más.

–Necesito dinero –dijo–, y tengo que agenciármelo sea como sea. De lo contrario estoy perdida.

Yo empecé a preguntarle qué había sucedido durante mi ausencia.

—Nada de particular, salvo dos noticias que llegaron de Petersburgo: primero, que la abuela estaba muy mal, y dos días después que, por lo visto, estaba agonizando. Esta noticia es de Timoféi Petróvich —agregó Polina—, que es hombre de crédito. Estamos esperando la última noticia, la definitiva.

—¿Así es que aquí todos están a la expectativa? —pregunté.

—Por supuesto, todos y todo; desde hace medio año no se espera más que esto.

—¿Usted también? —inquirí.

—¡Pero si yo no tengo ningún parentesco con ella! Yo soy sólo hijastra del general. Ahora bien, sé que seguramente me recordará en su testamento.

—Tengo la impresión de que heredará usted mucho —dije con énfasis.

—Sí, me tenía afecto. ¿Pero por qué tiene usted esa impresión?

—Dígame —respondí yo con una pregunta—, ¿no está nuestro marqués iniciado en todos los secretos de la familia?

—¿Y a usted qué le va en ello? —preguntó Polina mirándome seca y severamente.

—¡Anda, porque si no me equivoco, el general ya ha conseguido que le preste dinero!

—Sus sospechas están bien fundadas.

—¡Claro! ¿Le daría dinero si no supiera lo de la abuela? ¿Notó usted a la mesa que mencionó a la abuela tres veces y la llamó «la abuelita», la *baboulinka*? ¡Qué relaciones tan íntimas y amistosas!

—Sí, tiene usted razón. Tan pronto como sepa que en el testamento se me deja algo, pide mi mano. ¿No es esto lo que quería usted saber?

—¿Sólo que pide su mano? Yo creía que ya la había pedido hacía tiempo

—¡Usted sabe muy bien que no! —dijo Polina, irritada—. ¿Dónde conoció usted a ese inglés? —añadió tras un minuto de silencio.

—Ya sabía yo que me preguntaría usted por él.

Le relaté mis encuentros anteriores con míster Astley durante el viaje.

—Es hombre tímido y enamorado y, por supuesto, ya está enamorado de usted.

—Sí, está enamorado de mí —repuso Polina.

—Y, claro, es diez veces más rico que el francés. ¿Pero es que el francés tiene de veras algo? ¿No es eso motivo de duda?

—No, no lo es. Tiene un *château* o algo por el estilo. Ayer, sin ir más lejos, me hablaba el general de ello, y muy positivamente. Bueno, ¿qué? ¿Está usted satisfecho?

—Yo que usted me casaría sin más con el inglés.

—¿Por qué? —preguntó Polina.

—El francés es mejor mozo, pero es un granuja, y el inglés, además de ser honrado, es diez veces más rico —dije con brusquedad.

—Sí, pero el francés es marqués y más listo —respondió ella con la mayor tranquilidad.

—¿De veras?

—Como lo oye.

A Polina le desagradaban mucho mis preguntas, y eché de ver que quería enfurecerme con el tono y la

brutalidad de sus respuestas. Así se lo dije al momento.

–De veras que me divierte verle tan rabioso. Tiene que pagarme de algún modo el que le permita hacer preguntas y conjeturas parecidas.

–Es que yo, en efecto, me considero con derecho a hacer a usted toda clase de preguntas –respondí con calma–, precisamente porque estoy dispuesto a pagar por ellas lo que se pida, y porque estimo que mi vida no vale un comino ahora.

Polina rompió a reír.

–La última vez, en el Schlangenberg, dijo usted que a la primera palabra mía estaba dispuesto a tirarse de cabeza desde allí, desde una altura, según parece, de mil pies. Alguna vez pronunciaré esa palabra, aunque sólo sea para ver cómo paga usted lo que se pida, y puede estar seguro de que seré inflexible. Me es usted odioso, justamente porque le he permitido tantas cosas, y más odio aún porque le necesito. Pero mientras le necesite, tendré que ponerle a buen recaudo.

Se dispuso a levantarse. Hablaba con irritación. Últimamente, cada vez que hablaba conmigo, terminaba el coloquio en una nota de enojo y furia, de verdadera furia.

–Permítame preguntarle: ¿qué clase de persona es mademoiselle Blanche? –dije, deseando que no se fuera sin una explicación.

–Usted mismo sabe qué clase de persona es mademoiselle Blanche. No hay por qué añadir nada a lo que se sabe hace tiempo. Mademoiselle Blanche será probablemente esposa del general, es decir, si se confirman los rumores sobre la muerte de la abuela, porque mademoi-